

SIN LIBERTAD DE OPINIÓN

Autor: franciscomiralles

Categoría: Varios / otros

Publicado el: 12/04/2018

Nuria Font era una mujer relativamente joven; morena, de unos ojos grandes y vivaces en los que se reflejaba una curiosidad por todo lo que acontecía a su alrededor. Por eso tenía la costumbre que las mañanas en las que no iba a la oficina, después del primer café del día se iba a su ordenador, conectaba con INTERNET y accedía a las Noticias de la prensa Nacional. Leía lo que decía un periódico tras otro, y sus correspondientes columnas de opinión con el propósito de adquirir un amplio margen de información, y así ella poder tener un profundo genuino espíritu crítico de lo que sucedía en el mundo, y sobre todo en su país.

Sin embargo un sábado cualquiera mientras Nuria se hallaba viendo los titulares de uno de los periódicos de su ciudad de repente tuvo la firme convicción de que los medios de comunicación según el enfoque que le daba a la noticia se advertía la tendencia ideológica del Editorial que dependía de un partido político determinado que era quien le pagaba su edición, y que a la vez dicha ideología estaba apoyada por los artículos de sus colaboradores. Por tanto a Nuria aquellas lecturas más que afinar su perspectiva acerca de la actualidad lo que hacían era desorientarla

puesto que lo que pretendían era influir de una manera más o menos subliminal en el estado de ánimo del lector, y también echar leña al fuego dogmáticamente en la creencia ideológica del mismo. Y otro tanto se podía decir de los programas de debate en los canales de televisión, en los que salían unos tertulianos que trabajaban en las redacciones de ciertos periódicos los cuales estaban subvencionados por las sectarias entidades políticas, con la salvedad de admitir en el debate a algún sujeto con otro modo de pensar para aparentar una débil oposición a la ideología dominante.

A Nuria que tenía un robusto carácter aquello le recordaba cuando era una niña e iba a la iglesia de su pueblo en Huesca con sus padres y veía el idolatrismo que sentían algunos feligreses hacia algún santo.

Mas como en el día de hoy esta fe por lo sagrado se ha transformado en profana, se supone que la emotividad humana se ha desplazado hacia las ideologías políticas que aspiran a gobernar.

Y si antes se idolatraba a San José de la Montaña para que desde el cielo se dignase concedernos algún favor, ahora esta misma idolatría popular se decanta hacia tal partido político o hacia un líder. El caso más extremo y paradigmático es Corea del Norte.

Nuria se dijo no sin razón que la gente seguía venerando al relato mítico pero con otro ropaje, o decorado distinto del pasado en cuya postura apenas tiene cabida el juicio crítico, por lo que se hacía difícil mantener una autonomía personal.

En consecuencia eso que se decía de que había libertad de expresión eraa una falacia oficial porque este pensamiento individual y social estaba condicionado y manipulado por las entidades políticas de un modo tan demagógico como gregario, en el que entra en juego el factor económico. Seguidamente Nuria se preguntó: ¿Cómo puede ser que en los tiempos actuales haya gente que idolatre puerilmente a una ideología cualquiera, o una antigua idea nacionalista, que se parece al ciego idolatrismo de las beatas de antaño hacia una divinidad celestial, y que para justificar su pálpito ideológico tiene que despreciar sea a otras razas, o a otros territorios de la península?

Es evidente que el lado emocional humano no se ha desprendido de un tupio velo narcisista que no le deja ver la realidad en su complejidad. Se puede conocer a un sujeto que sea una lumbrera en Economía, en Medicina, y al mismo tiempo anímicamente sea un fanático de una idea como bien sucedió con los nazis. Pues por desgracia el relato mítico visto de una manera literal tiene una connotación inmovilista e intransigente que hincha el narcisismo de una colectividad, y es muy difícil de erradicar.

El dogmatismo de las ideologías viene del Romanticismo que era hijo de la teoría de Platón acerca del mundo de las Ideas, el cual surgió a finales del siglo XIII, y principios del XIX de la mano de poetas, de músicos y pensadores idealistas como Roseau que se oponía a un Clasicismo racionalista, y éste revitalizó a la Edad Media, a los viejos mitos del pasado, a las

religiones, y al concepto de nacionalidad.

Parece ser que en la Península Ibérica los efectos de un casoso Romanticismo fue asumido en el siglo XIX bajo el nefasto reinado de Fernando VII, el cual en connivencia con la Iglesia Católica marginó a los pocos hombres liberales y racionalistas que habían, y por esta razón todavía en nuestro presente hay mucha gente hace ascos de reflexionar.

Por todo ello, cuando Nuria me habló de este idolatrismo a todos los niveles que se apartan de la realidad, yo le respondí:

-¡Pues nada de ver la televisión! Hay que leer Filosofía, que quiere decir amor a la verdad, que aunque diga conceptos antiguos, tendrá un poso reflexivo que siempre es conveniente. Y por otro lado, lee buenas novelas que te enriquezcan espiritualmente.

Lo que no sé es si me habrá hecho caso.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [francisco miralles](#)

Más relatos de la categoría: [Varios / otros](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)